

Vocación imperial

PEDRO FERNAUD

Centenares de muertos, miles de heridos y millones de rublos quemados en una contienda —que unos llaman civil, otros de liberación— que sólo puede ahogar a quienes la iniciaron. Esta es la fenomenología patente y sufriente de la guerra entre rusos y chechenos. Pero detrás hay mucho más, una lucha de poderes bisecular entre Rusia y la Transcaucasia islámica.

El problema es Rusia, que, desde su tradición bizantina de confusión entre Iglesia y Estado, sólo parece capaz de sentirse, pensarse y proyectarse nacionalmente como un imperio. Esto lo vio muy bien Lenin. En el leninismo, el nacionalismo cumplió una precisa función

de desarbolamiento de las realidades protonacionales del gran macizo euro-asiático al servicio del imperialismo soviético. Esta fórmula la exportó la URSS en forma de «movimientos de liberación» para debilitar a Occidente. Sobre esta espúrea alianza entre nacionalismo secesionista y marxismo habrá que hablar alguna vez con detalle.

El gran periodista polaco Ryszard Kapuscinski, del que acaba de traducirse al castellano su libro fundamental «El Imperio», advierte lúcidamente que en Chechenia empieza la segunda etapa de desintegración de lo que fue la Unión Soviética; la primera terminó en diciembre de 1991. Ahora ha comenzado la descomposición de la Federación Rusa.

Para Kapuscinski, los rusos sólo se conciben a sí mismos como un poder en expansión. Desde su origen, el Estado ruso descansa sobre una concepción imperial que nunca ha sido revisada. Ha caído el comunismo, pero para la identidad rusa sigue siendo constitutiva la aspiración a la grandeza territorial.

Para el analista polaco, la guerra de Chechenia tiene una doble y amenazadora lectura: prolonga la confrontación ruso-islámica iniciada durante diez años en Afganistán y significa la derrota de las fuerzas democráticas en Moscú.

Rusia bascula hacia el clásico modelo latinoamericano de gobiernos civiles manejados por los militares.

Quesada



Del Oriente al Occidente

Cincuenta aniversario

JOSÉ SUÁREZ ARIAS-CACHERO

Hace unos años visité el campo de concentración de Auschwitz y la sensación más fuerte no me la produjeron ni las cámaras, ni los hornos, ni las fotos, ni los objetos personales de las víctimas, ni el silencio terrible de unas instalaciones que habían sido testigos del asesinato masivo de millón y medio de personas inocentes e indefensas.

Lo que realmente me impresionó fue el concepto de eficacia que los alemanes habían aplicado en los campos de la muerte, convirtiendo el homicidio en un proceso industrial

cuya eficacia se medía por el número de víctimas ocasionadas por cada cartucho de gas Zyklon B y por la cifra de cadáveres / hora que era capaz de incinerar cada horno.

Lo que muchos ignoran es que las empresas responsables de lo que el teólogo cristiano Hans Küng llamó *asesinato masivo ideológico-industrial* siguen existiendo y beneficiándose de los resultados de aquel experimento macabro y tienen nombres tan conocidos como Agfa, Bayer, Basf y Hoescht, herederas del complejo químico I. G. Farbe, responsable del operativo tecnológico e indus-

trial de la manzana. Pero estas empresas no estuvieron solas, el fenómeno de Hitler y el nazismo no fue una casualidad ni una desgracia sobrevenida para Alemania. Su acceso al poder no habría sido posible sin la tolerancia y la complicidad de las élites que dominaban la industria, la economía, la política, la justicia, la medicina, el periodismo, el ejército, la universidad, las iglesias... toda la sociedad alemana estuvo implicada, los juristas que legislaban, los jueces que aplicaban lo legislado, los policías que detenían, los empleados de banca que embargaban, los ingenieros que

Entre paréntesis

Auschwitz

LUIS MEANA

Auschwitz es una aguja ardiendo que nos quema el nervio de nuestra conciencia, una palabra monstruo que nos causa ese parpadeo nervioso que se le desata al criminal cada vez que alguien menciona la palabra que le recuerda a sus víctimas muertas. Auschwitz es el enorme cuchillo carnicero que unos pérfidos hijos del cielo le pasaron por la yugular al universo y que nos manchó de sangre el brillante azul satén con que la razón ilustrada había tapizado lujosamente el Gran Hotel de la Historia. El hombre, tan desaliñado e inexacto para casi todo, se vuelve preciso como un orfebre puntilloso a la hora de convertir a la muerte en un grandioso monumento gótico: Auschwitz es la Capilla Sixtina del terror, la catedral de la muerte levantada por unos arquitectos de la monstruosidad en el centro geométrico de la cultura más desarrollada: Alemania. Vivíamos, a pesar de mil crueldades anteriores, en la inocencia de la historia hasta que por esas chimeneas polacas empezó a salir el humo de mil almas diarias. Supimos, entonces, por el negruzco rastro de esa esencia tan volátil, de qué era capaz el ser humano y hasta dónde puede llegar cuando se le mete en el cerebro esa obsesión perversa por las obras perfectas: al Apocalipsis en la tierra. Hasta ese día podíamos fingir aún, con esfuerzo voluntarista, la existencia de una cierta dignidad humana. Desde ese día ya todos somos calígulas perversos capaces de hacer jabón con los pies de los congéneres y, después,

reciclar gafas, pelo, cuero y jerseys de los muertos para dejar constancia de hasta dónde puede llegar nuestro ingenio. Auschwitz es el agujero negro que se tragó la razón de la historia. Günter Grass sugirió que esa palabra terrorífica debería ponerse en el proemio a la Constitución alemana para que ese país no olvide nunca más esos hechos. Y Adorno había escrito con anterioridad que después de Auschwitz no se podía hacer ya poesía. En realidad no se puede hacer nada. Porque delante de cada obra humana se levanta esa barrera invisible y silenciosa de las filas

Es el agujero negro que se tragó la razón de la historia

infinitas de judíos, que tocaban en sus casas como nadie el piano, que podían recitar de memoria el Génesis, que habían ejercido con prodigio el comercio, que habían sido hermeneutas capaces de figurar en las más nobles enciclopedias, y que están ahí, con los huesos desnudos, los rostros demacrados y la mirada perpleja de sobresaltos y tristezas. Hay en medio del patio de la historia unos números grabados en los antebrazos que nos recuerdan perennemente que para ciertos congéneres los hombres no merecen ni siquiera el tratamiento de las reses: porque son carne humana puesta en el mundo para distraer y entretejer el instinto de crueldad o el placer del experimento. A eso es a lo que llamó Hannah Arendt la banalidad del mal. Y, desde entonces, todos sabemos que esa banalidad es una cuchilla que es afilada constantemente por la indiferencia para que sea capaz de ahogar al mundo en sangre.

